

¿A qué hora llega papá?

Juan Rico Ordás

La mejor forma de decir te quiero, es demostrarlo.
¡Cuánto te quiero, hijo mío!

Estaremos encantados
de recibir tus comentarios
en el correo electrónico
aquehorallegapapa@gmail.com

Título: ¿A qué hora llega papá?

Autor: Juan Rico Ordás

© Copyright: Juan Rico Ordás

Fotografías que ilustran el texto procedentes del Archivo familiar.

Ilustración de cubierta: David G. Ferrero, www.davidgferrero.com

Edición: Arte por la Vida

ISBN: 978 - 84 - 17130 - 13 - 8

Dep. Legal: AS - 01911 - 2017

Impresión: HiFer Artes Gráficas - www.hifer.com



www.elsastredeloslibros.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

Índice

Prólogo	5
1. Sentada en una mesa baja.....	11
2. ...y que cumplas muchos más	15
3. Planta 3, hipopótamo y papel albal	21
4. Con un casco de bombero	27
5. Con los mayores, no.....	31
6. Radio	35
7. Enorme pequeño deseo.....	41
8. Llévame a puttear	55
9. Calvo, ni de coña.....	59
10. Menuda paliza.....	67
11. Un avión de papel.....	71
12. Pues a Málaga.....	75
13. De sidras y de camping	79
14. Entrecot punto más.....	87
15. Qué más me puede pasar	91

16. En moto o en coche	97
17. A la uni	103
18. Una firma elegante.....	109
19. Un artista	113
20. La mejor pizza del mundo	117
21. Mi foto favorita	121
22. A qué hora llega papá.....	125
23. Adiós Buggy. Vuelvo el lunes	129
24. Tengo un proyecto nuevo	137
25. Una navidad feliz	141
26 (...)	145
Epílogo. Desde dentro	149

Prólogo

“¿A qué hora llega papá?” es un libro escrito con el alma. A través del estilo ágil, cercano, de fácil lectura, Juan, su autor, nos acerca a Guille, su hijo. De la mano de Juan, de la sonrisa de Guille, nos adentramos en el seno de una familia feliz, unida, en la que un día, de repente, sin avisar, irrumpe el cáncer. Podemos seguir junto a ellos todo el proceso de la enfermedad: diagnóstico, tratamientos, recaída, más tratamientos y muerte. Pero... después de leer el libro, podrás comprobar que no te quedas con pena, que no te quedas con dolor... te quedas con la sonrisa de Guille, con su fuerza, con su gran corazón.

No tuve la oportunidad de conocer a Guille en vida, la única imagen que tengo de él, es en la habitación del hospital. Me encontraba en el pasillo, junto a Paula, mi compañera; la puerta de su habitación estaba abierta, le vi tumbado en su cama, con sus padres y hermana a su alrededor, y un enfermero poniéndole medicación. Algo me atrapó de la escena que estaba viendo, y no era pena, Guille estaba en sus últimos días. Lo que me atrapó de lo que vi fue el AMOR. Guille, Alicia, M^a José y Juan, no me vieron. Respeté su intimidad, pero recordaré esa escena siempre, por la paz que me transmitían. Cuando estábamos en el pasillo, se acercó a

la habitación su oncóloga, y también se quedó allí a nuestro lado. Era Navidad, las tres nos la felicitamos y juntas miramos a esta familia, sintiendo lo mismo. No hizo falta decir nada, ya lo estábamos diciendo todo.

Desde ese día, no tuve noticias de esta familia. Siguiendo mi proceder habitual me puse en contacto con ellos, hablé con M^a José y amablemente me dio las gracias y que ya llamaría; una de las madres, también la animó, pero ellos aún no podían reaccionar, respeté su espacio. Al año volví a llamar a M^a José para ofrecerles mi ayuda. Ella muy amable volvió a decirme que ya llamaría. Pasó otro año y... tenía ante mí a M^a José, Alicia y a Juan. Maca y Marian, dos madres del grupo de duelo que llevo, la animaron a venir a Galbán (Asociación de Familias de Niños con Cáncer del Principado de Asturias) y a pertenecer al grupo de duelo. Y accedió, estaban estancados en el duelo de su hijo. En ese momento, solo M^a José era capaz de reconocerlo, Juan venía a acompañarla. Ella tenía claro que quería ayuda individual y del grupo de duelo. Juan, según él, estaba bien. Le dije que no era así, y que desde el momento que lo asumiera, todo sería avance. Así fue, aquel hombre, que de forma tímida aceptaba la ayuda y que iba al grupo, pero no iba a hablar, no sólo habló en el grupo ayudando a sus compañeros, sino que escribe un libro con el objetivo de ayudar a otros. Aquí se ve claro la importancia tanto de la terapia individual como de grupo. Animo a todos los padres, hermanos y abuelos que están en esta situación que busquen esta ayuda terapéutica.

Gracias, Juan, por tu valentía, por describir con tanta ternura y cercanía como era tu hijo, cómo afrontasteis la

enfermedad y como vivisteis la muerte de Guille.

Desde el punto de vista profesional, este libro sirve como apoyo terapéutico a otros padres y madres que han perdido a un hijo, y desde el punto de vista personal aporta ternura, optimismo, fuerza, mucho amor y anima a seguir siempre hacia adelante con nuevos retos.

En cuanto a Guille, puedo decir que después del libro escrito por su padre, le conozco. Conozco a Guille, me llega su sonrisa, siempre contagiosa, siempre dando ánimo a sus padres y hermana.

A través de cada capítulo te conocí más, Guille, el cáncer te cogió en plena adolescencia, etapa de sueños, proyectos, deporte, primeros amores, energía, risas... y, al contrario de lo que pueda parecer, el cáncer no te quitó nada de eso. Te supiste adaptar a tus circunstancias. Siempre con proyectos, siempre con sueños, siempre con risas y tu sentido del humor que tan fácil lo hizo todo. Te visualizo en cada escena y me sonrío. Sin conocerte en persona, te conozco.

Guille, tu vivencia de la enfermedad que a través de tu padre nos ha llegado, es una inyección de vitalidad. Puede parecer algo contradictorio, que tú, cuya vida fue tan corta desprendas tanta vida, y así es... después de leer el libro, de conocerte, es lo que transmite, VIDA y AMOR de la mano.

Cada vez que veo a Alicia, M^a José y Juan, estás presente. En cada palabra de este libro, estás presente. Estoy segura que tu ejemplo ayudará a muchas personas, y el de tu familia, a muchos padres o hermanos que estén pasando un duelo.

Sé que estás detrás de la inspiración de tu padre. Recuerdo con ternura, cuando le entrevistaron para hablar del “Torneo de Golf Amigos de Guille”, qué nervios tenía tu padre, y qué bien se explicó. Él, tu madre, tu hermana y yo, sabemos de dónde fluyeron las palabras y el mensaje que nos llegó a todos. Sé que seguirás estando detrás de cada nuevo proyecto, que los habrá.

Gracias Guille.

En el ejercicio de mi profesión estoy en contacto con personas que sufren mucho. En ocasiones llegas a palpar el dolor del alma de estas personas, en especial, cuando son padres y madres que pierden a un hijo, o hermanos que pierden a su hermano; algunas personas me preguntan que cómo puedo hacerlo, de hecho, me lo preguntan a menudo. Mi respuesta es que ver cómo las personas van creciendo, se implican en la terapia, salen adelante, se enfrentan al dolor y siguen, es mi fuerza.

El libro de Juan, forma parte de esta fuerza que encuentro para ejercer mi profesión y crecer como persona.

Os invito a conocer a Guille y su familia, empapaos de esa FUERZA. GRACIAS.

Carmen María Pérez Quintana

PSICÓLOGA DE LA ASOCIACIÓN GALBÁN



¿A QUÉ HORA LLEGA PAPÁ?

¿A QUÉ HORA LLEGA PAPÁ?

14

SENTADA EN UNA MESA BAJA

Sentada en una mesa baja

Ya no me acuerdo del día exacto. De lo que sí estoy seguro es de que fue un viernes y una tarde de septiembre, últimos de mes. Hacía buen día y yo había llegado cansado del trabajo.

Lo habitual sería llegar a mesa puesta, una comida rápida y marcharnos los dos al campo de golf, charlando, riendo o peleando por cualquier tontería cotidiana: quizás la música del coche, -si estoy de malas le digo que ya estoy harto de Melendi, aunque sabe que me encanta, y prefiero “Como pollo sin cabeza” de Fito-, un reto entre los dos de unos hoyos, burlarse de lo inestable que está mi swing o qué más da, de cualquier nimiedad... que tanto echo ahora de menos.

Pero ese día es distinto. María José me vio cansado – el curso acababa de empezar y tal vez no tenía todavía el ritmo asimilado – y, tan pendiente como siempre o como disculpa para ganar tiempo, pienso ahora, se ofreció para llevarle ella. Siempre dice que la mejor forma de decir te quiero es demostrar que me quiere. Y siempre lo hace. ¿Sabrá ella que yo también quiero hacerlo?

Me tumbé en el sofá y dudo si llegué a apoyar la cabeza en el brazo de piel antes de dormirme. Tranquilo. Ahora sé que iba a tardar en volver a estar tranquilo.

Me despertó un poco después. Normalmente lo hacía dándome un beso, impaciente por ir a dar un paseo. María José siempre tiene ganas de dar un paseo. Entre otras cosas porque cree que para Buggy es una necesidad. Esta vez no hubo beso. Solo un toque en el brazo y cuando abrí los ojos me crucé con los suyos llenos de lágrimas; de esas que no caen, que se quedan ahí, a punto de desbordarse y que presagian algo malo.

Sentada en la mesa baja del salón, me contó que, después de haber ido esa mañana con Guille al médico, otra vez, para localizar el origen de su intenso y reiterado dolor muscular, le habían derivado al hospital para hacerle pruebas. Ya eran dos meses doliéndole la pierna, la ingle y, hasta algún día el cuello. ¡Ya estaba bien de antiinflamatorios! En el hospital, una amiga médico estaba al tanto y ya sabían que detrás de todo, estaba un tumor.

No lo llamó cáncer. Lo llamó tumor. Suena menos radical y más ¿"curable"? Se me cayó el mundo encima. ¿Y eso no lo puedes solucionar tú? ¿No lo podemos solucionar nosotros como hacemos siempre con cualquier revés que nos pase? Recuerdo estar escuchándola, notar su angustia. No soporto que se angustie. Y me acuerdo de que no aguantaba seguir sentado escuchando y preguntando, ni siquiera levantarme y dar esas vueltas que nunca llevan a ninguna parte. Así que le pedí que fuéramos a dar un paseo y seguir hablando por la calle. Ese día el paseo de Buggy iba a ser diferente. Ya no sé por dónde deambulamos. Porque cuando se acabaron las explicaciones sólo quedaba estar juntos. Era lo único que nos hacía bien. Noto que cuando está triste le

gusta agarrarme del brazo y apretar. Fuerte. Ese gesto, como habrá muchos, me encanta. Aunque se produzca siempre en malos tiempos me hace quererla y, sobre todo, sentirme querido. Me hace sentir que somos nosotros. Puedo decir que me hace sentir amor.

El paseo terminó sentados en una terraza, tomando no sé qué, que seguro no probamos. Y se me ocurrió una pregunta estúpida. “¿Tú crees que fui un buen padre?” Esa pregunta todavía me duele porque es la primera vez desde que la vida nos cambió en que pregunté por mí, y me hace sentir egoísta. O porque la hice en pasado. Pero el mero hecho de preguntarlo me hizo llorar. “El mejor padre del mundo” me contestó con tanta convicción que la creí, como la creo siempre.

No hizo falta más. Me pidió que me limpiara las lágrimas y que me asegurara de que Guille no supiera nada, ni ese viernes ni durante todo el fin de semana. El sábado jugaba un torneo en Avilés y, hasta el lunes, todo tenía que seguir siendo como siempre. Las predicciones meteorológicas eran buenas. Iba a hacer sol. No sé hasta cuándo.

Le recogí en el campo de golf. Estaba feliz. Contagiaba felicidad y estar con él era un privilegio. Llegamos a casa y durante todo el fin de semana todo fue, fuera de las miradas entre María José y yo, como siempre. Llegó Ali, en algún momento discutieron como buenos hermanos, se repartieron confidencias y derrocharon complicidad. Una familia normal y feliz.

Bendita normalidad.

... y que cumplas muchos más

El fin de semana se fue, como se fueron tantos días, muy rápido. Verbalicé dos veces mi angustia. Fue a Jorge y a Jaime a quienes, con dificultad, les informé de que el lunes a las diez de la mañana me tenía que ausentar del trabajo porque tenía una maldita cita en el hospital en la que me iban a decir que mi hijo tenía un tumor. Me resultó duro.

Y llegó el lunes y llegaron las diez de la mañana. Recogí a María José en el parking organizado por una asociación de minusválidos que está detrás de Maternidad. Un parking que hasta ahora había utilizado sólo un par de veces y que desde ese día iba a ser el punto de inicio de mis idas y venidas al hospital de muchos días.

Íbamos nerviosos. Juntos, como solo uno, compartiendo la angustia y la preocupación de lo que nos estaban a punto de contar. Sí. Yo creo que eso es miedo y angustia.

La cita era en Policlínicas, un edificio bajo formado por varias construcciones como hongos conectado con el mamotreto principal por brazos, que hacen de pasillos, y con ventanas circulares. Nos recibieron tres o cuatro médicos, ya no recuerdo quiénes. Unos de pie y otros sentados. Nosotros sentados. En una sala con

pared semicircular, de madera. Me quedé con la doctora Antuña, quien con mucha paciencia, calma y, me atrevería a decir que paz, nos intentó transmitir verdad y esperanza. Fue la primera vez que oí hablar del Sarcoma de Ewing. Más angustia. La verdad golpeaba fuerte y creaba eso, angustia.

Cuando te recuperas de la primera impresión, haces un alto en tu pensar sobre el futuro y con dolor en el alma, empiezas a pensar en asuntos del presente: ¿cómo se lo decimos a Guille? ¿quién lo hace? Y vuelve la serenidad de una profesional de la medicina que desde ese día siempre va a estar a nuestro lado. Lo harán ellos. Con la verdad entera, sin rebajar, pero con mucho tacto, por no decir maquillaje. Y más preguntas: ¿En qué consiste el tratamiento? Y más ruegos: que nunca piense en un mal final, que no sufra y lo que yo más quería: doctora, cuídelo mucho.

Fue la media hora más intensa de las que he vivido y pueda volver a vivir. Tenía miedo antes y tenía miedo mientras escuchábamos, aunque también quería creer que todo iba a salir bien. Guille es muy fuerte. Los médicos son muy profesionales, muy buenos y muy humanos. El hospital es algo que, a mí me produce seguridad. Y María José a mi lado.

Subimos los tres, M^a José, Guille y yo a la tercera planta del edificio de maternidad. El edificio y la planta que sería un refugio a partir de ahora. Tercera centro. Nos recibieron en una sala pequeña, de descanso y juegos para niños; de información y desasosiego casi siempre para familiares.

La recibió con calma, con serenidad y con tranquilidad, reflejando lo que es Guille. Un chaval maduro y con los pies en el suelo. Un chico tranquilo. Supongo que con agobio porque alguna lágrima se dejaba ver. Y desde ahí, empezó a verlo todo